

Los japoneses que se quedaron en México en el siglo XVII. Acerca de un samurai en Guadalajara¹

Eikichi Hayashiya*

Japoneses en Guadalajara

Hace cerca de 20 años, cuando por segunda ocasión me encontraba en servicio diplomático en España, leí en un número de la *Revista de Indias* un artículo titulado “Japoneses en Guadalajara: ‘blancos de honor’ durante el seiscientos mexicano”, escrito por el señor Thomas Calvo, del Instituto de Estudios Mexicanos en Perpignan.

Fue realmente sorprendente y emocionante saber, por este artículo, que entre 1624 y 1642 había en Guadalajara unos cuatro o cinco japoneses que no sólo dejaron huellas de su existencia sino que también, por lo menos dos de ellos, desarrollaron intensas actividades empresariales que destacaron en la sociedad tapatía (uno de ellos hasta fue sepultado en la catedral). Éste es, sin duda, un caso singular de la historia de los japoneses en el extranjero.

Según este interesante estudio del profesor Calvo, hay varios documentos en distintos archivos de Guadalajara (el Archivo de Instrumentos Públicos, el Archivo Municipal, el Archivo del Sagrario Metropolitano, etcétera), que señalan la presencia de un grupo de japoneses en el mencionado período.

El primer documento en que aparece un japonés en Nueva Galicia data de febrero de 1624, y dice textualmente: “un Japón que estaba y está en el dicho pueblo² que abrá cuatro años que se bautizó [...]”. El segundo documento, siguiendo el orden cronológico, de noviembre de 1631, menciona a una persona nombrada Juan Antón, “de nación Japón, que compró la libertad de un negrillo de don Juan

Vizcaíno por una suma de cien pesos, haciendo de padrino”.

Sigue un tercer documento, de mayo de 1634, o “carta de compañía”, que firma un mercader activo de Guadalajara con “Luis de Encío, de nación Japón, estante de esta ciudad”. La carta la firman ambos contratantes, y el señor Encío, al lado de su firma en letras romanas, la pone además en caracteres japoneses.

Otro documento, de 1641, menciona a Juan de Páez, de Japón, como uno de los acreedores del señor don Nicolás de Castrejón. Por último, hay una partida de defunción de un tal Agustín López de Cruz “de nación Japón”, fechada el 29 de mayo de 1642, muerto en el hospital del Señor Santo Miguel en Guadalajara. El albacea de su testamento fue el ya mencionado Luis de Encío.

Así pues, los citados cuatro nombres hispánicos llevan la anotación de “nación Japón” o de origen japonés, y por ello podemos saber su procedencia; de no ser así, no nos llamaría la atención. El profesor Calvo, haciendo uso de los documentos que encontró, relata en casi doce páginas los pasos que siguieron estos japoneses llegados a Guadalajara, y aclara la interesante vida llevada en particular por Luis de Encío y su yerno Juan de Páez. Calvo llega a la conclusión de que estos japoneses formaban un grupo o pequeña colonia, cuyo núcleo era Luis de Encío.

Entre estas personas, la que me despertó particularmente el interés fue el señor Luis de Encío, considerado el núcleo del grupo, quien al lado de su firma escribió en caracteres fonéticos japoneses *hiragana* “ruisudeincio” y, como si esto no bastara, añadió los caracteres

* Ex Embajador de Japón en España.

ideográficos *kanji* correspondientes al apellido japonés, que puede leerse como Fukuchi para Encío y el nombre de Soemon, Teramon o Uemon [la primera letra es un poco difícil de leer, para Luis (de)]. De suerte que pudimos saber su nombre y apellido originales del Japón. Luis de Encío era, pues, japonés con toda seguridad, y acaso pudiéramos saber más de él investigando en dicho país.

¿Quién fue Luis de Encío?

En el otoño de 1984 regresé a Japón con aquella firma, aquellos caracteres y aquella foto que acompañaban a ese artículo que había leído, firmemente grabados en mi memoria. Me jubilé del servicio diplomático, y “Luis de Encío” me seguía dando vueltas en la cabeza.

Me di a pensar que aquel señor Encío ya llevaría algún tiempo establecido en Guadalajara, que a lo mejor tendría nostalgia por su patria, que no podría contenerse y que deseaba identificarse no solo como japonés de origen sino también como individuo de cierta posición social en Japón.

En realidad, el hecho de llevar apellido propio, colocaba a Encío fuera de la capa de simples plebeyos, o en una familia distinguida de su pueblo, ya que entonces la clase plebeya no solía llevar apellido. La terminación *emon* en su nombre (Soemon) es un apelativo muy usual de los samuráis, o de las personas de cierta categoría.

Noté, asimismo, que Encío transcribió su apellido español en hiragana no como *encío* (con e) sino como *incío* (con i), fenómeno fonético

en un japonés de la región norte, que suele decir “In...” cuando el común de los japoneses dice “En...”, según un dialectólogo, por causa climatológica. Esto me ofreció algo así como la punta de un hilo para empezar a buscar a este Encío en los papeles relativos a las relaciones entre México y Japón del siglo XVII y en las crónicas relacionadas con la parte norteña del Japón.

¿Habrán llegado a la Nueva España estos japoneses merced al naufragio de algún barco japonés, como insinúa el profesor Calvo? ¿Naufragados?

Efectivamente, en el Pacífico hay una corriente llamada *kuroshio*, que sale del norte de las Islas Filipinas, sube por las costas de las islas japonesas y alrededor de los 40 grados de latitud norte se reúne con otra corriente, *oyashio*, que viene del norte y se dirige al nordeste. Precisamente, el descubrimiento de esta corriente hizo posible el tornaviaje de los galeones de Manila. Por lo tanto, podría darse la posibilidad de que algunos japoneses, sin quererlo y por casualidad, hubieran naufragado y llegado a la costa de Baja California antes que los españoles. Desde luego, esta posibilidad no puede descartarse totalmente.

Sin embargo, todos los casos de naufragio registrados por la historia se hallan en el siglo XIX; además, los naufragos son salvados por otros barcos en alta mar, lo cual significa que no era probable llegar por causa de naufragio y por

las propias fuerzas a la costa de Baja California. Si esto era así en el siglo XIX, más lo sería en los siglos XVI y XVII.

Manila, desde la llegada de los españoles, fue cobrando importancia y pronto se convirtió en un centro de concentración de personas y productos del Oriente. A esa villa, desde la segunda mitad del siglo XVI, o sea, antes del arribo de Legazpi, ya entraban algunos barcos japoneses, como Legazpi informa a Felipe II en 1567

En aquellos tiempos, en el Mar del Norte, con barcos pequeños, sin suficiente preparación y sin prevención del viento y la marea, era difícil continuar sano y salvo el viaje durante meses.

Dejaremos a un lado esta posibilidad y buscaremos otra fuente.

¿Galeones de Manila?

Entonces, ¿habría la posibilidad de que estos japoneses hubieran viajado en los galeones de Manila?

Como se sabe, desde 1565 hubo ya una línea naviera, llamada galeones de Manila o naos de China, de servicio regular entre México y el Oriente. Esta línea cruzaba el Pacífico, concretamente, hacía la travesía entre Manila y Acapulco hasta 1810, en varios viajes al principio o, por lo menos, en uno (más tarde cada año), desempeñando un papel muy importante entre México y el Oriente.

Estos galeones no tocaban puertos japoneses, aunque se dieron contados casos de arribo a costas japonesas a causa de naufragios.

Manila, desde la llegada de los españoles, fue cobrando importancia y pronto se convirtió en un centro de concentración de personas y productos del Oriente. A esa villa, desde la segunda mitad del siglo XVI, o sea, antes del arribo de Legazpi, ya entraban algunos barcos japoneses, como Legazpi informa a Felipe II en 1567. Y según el informe de Martín Goiti (1570), residían allí unos veinte japoneses antes de que los españoles constituyeran formalmente la ciudad. En las últimas décadas del siglo XVI, parece que aumentó bastante la población japonesa, hasta contarse en sus últimos años entre 400 y 1 000 personas.

Entrado el siglo XVII, debido a las dos batallas de Osaka (1614 y 1615), y a partir de las medidas tomadas contra la propagación del cristianismo, llegaron a Manila algunos guerreros perdidos o expulsados, entre los que se contó el famoso samurai Takayama Ukon.

¿Podría ser que algunos de ellos hubieran abordado los galeones? Puede ser. Además, en 1586, en el galeón Santa Ana, que fue tomado por el pirata Cavendish, había dos japoneses a quienes pusieron los nombres de Cristóbal y Cosmo. Al principio no era permitido llevar pasajeros extranjeros en estos galeones. Quizás embarcaron clandestinamente, lo cual un samurai no hubiera hecho. Vamos a buscar otro camino.

Dos misiones japonesas

Tenemos que recordar que la historia registra los viajes oceánicos de dos misiones japonesas en buques construidos en Japón que zarparon en las primeras décadas del siglo XVII. Efectivamente, en 1610 el primer grupo de japoneses arribó a la Nueva España aprovechando el viaje de retorno a México de don Rodrigo de Vivero, gobernador interino de las Islas Filipinas. Vivero había naufragado en costa japonesa, y el *Shogun Ieyasu* le ofreció, para que continuara su viaje de regreso, un buque construido en Japón. Este *Ieyasu*, deseoso de establecer contacto con las autoridades de la Nueva España, tuvo varias entrevistas con los misioneros españoles, y solicitó concretamente a Rodrigo de Vivero el envío de técnicos mineros. Se sabe que unos 23 japoneses encabezados por Tanaka Shosuke embarcaron con Vivero.

Contados documentos quedan en Japón sobre este viaje de Tanaka Shosuke, del cual se sabe muy poco. Según últimos estudios, parece que Tanaka fue un pudiente mercader de metales establecido en Kioto. Fue a la Nueva España con el consentimiento o, más bien, por indicación del Shogunato de Tokugawa para conocer la técnica del beneficio de la plata y efectuar el tráfico comercial. El objetivo principal del barco fue facilitar el regreso de Rodrigo de Vivero, y Tanaka Shosuke con sus acompañantes aprovecharon la ocasión. El virreinato confiscó este barco ante el temor de que los japoneses aprendieran la técnica de la navegación. Tanaka regresó a Japón en 1611 utilizando el barco preparado por el virreinato a fin de enviar a Sebastián

Vizcaíno para que explorara las islas ricas en oro y plata que, según creían los españoles, se hallaban cerca del norte de las islas japonesas, y para que al mismo tiempo transmitiera al Shogunato de Tokugawa el sentimiento de gratitud del virreinato por las facilidades dadas para el regreso de Rodrigo de Vivero.

Sebastián Vizcaíno fue un destacado personaje en la Nueva España, a donde llegó de joven, y por orden del virrey Velazco exploró Baja California en 1604. Fue también comandante de jefe de la flota para las Filipinas y comisionado para la antedicha exploración de 1611 y 1612.

El segundo grupo de japoneses que arribó a la Nueva España fue la Misión de Hasekura, enviada en 1613 por el señor feudal Date. Fue la primera misión japonesa a Madrid y Roma, a través de la Nueva España, cruzando el Pacífico. El barco utilizado fue construido en Okachi en un río cerca de Ishinomaki o en Tsukinoura, de donde zarpó. Se llamaba Mutsumaru, pero recibió el nombre de San Juan Bautista. Esta misión es bastante conocida y no me ocuparé aquí más de ella. Sólo mencionaré que estuvo compuesta de 140 japoneses, nada menos, encabezados por Hasekura Rokuemon, samurai de no muy alto rango (sueldo de 600 koku) al servicio de Date. A este feudo pertenecían de 20 a 30 acompañantes, diez eran vasallos directos del superintendente naviero del Shogunato y cerca de cien eran mercaderes llegados de diversas provincias del Japón. Iban, aparte, Sebastián Vizcaíno, que regresaba con 40 tripulantes del barco español averiado, y Fray Luis de Sotelo, en calidad de guía.

Hasekura, con su compañía, llegó a Acapulco en enero de 1614; después pasó a la ciudad de México y continuó su viaje hacia Madrid y Roma con una veintena de acompañantes; en agosto de 1617 regresó de Europa a México para zarpar rumbo a Manila en abril de 1618.

Así, Hasekura y su séquito cercano estuvieron en México un año en total, dividido

en los dos períodos de cinco y siete meses. Algunos de los japoneses que no lo acompañaron a Europa regresaron a Japón en el mismo barco y otros permanecieron en México cuatro años y dos meses, esperando el retorno de Hasekura a la Nueva España.

Diario de Chimalpain

Ante la falta de documentos en Japón que arrojen luz sobre la permanencia en México de estas misiones, no se sabe —por la fuente japonesa— cómo llegaron a México, qué hicieron, cómo fueron tratados y demás. Del libro del italiano Scipione Amati, quien acompañó a Hasekura entre Madrid y Roma, no se consideramuy fidedigno lo que dice sobre la permanencia de esta misión en México.

Sin embargo, gracias al estudio de un eminente historiador mexicano, sabemos de una curiosa crónica escrita por un noble azteca en su propio idioma natal, llamado Chimalpain, formalmente Domingo Francisco de San Anton Muñon Cuahtlehuantzin. Este señor, nacido en 1579 en Amecameca, de la antigua provincia de Chalco, descendía de la nobleza nativa de esa región, se educó desde pequeño en el convento del pueblo y en la ciudad de México, donde se dedicó a quehaceres religiosos en la iglesia de San Antonio Abad. Fue muy aficionado a la historia no sólo de su propio pueblo natal, sino también de todo México indígena. Empezó a escribir a los 31 años de edad y dejó sus “diferentes historias originales”, como él mismo las llamó, en ocho relaciones, más un diario en que anota hechos salientes ocurridos de 1577 a octubre de 1615. Estos escritos, en su mayoría, aún están sin traducir e inéditos. La parte traducida del náhuatl al español se debe a don Miguel León Portilla; fue publicada en 1992, y con el permiso del autor, antes de su publicación la parte que hace referencia a los japoneses la traduje en 1975 al idioma japonés.

Es interesante que en este diario las referencias a las visitas de dos grupos japoneses ocuparan un espacio muy importante cada año con descripciones minuciosas. Las

visitas de la gente del otro lado del Pacífico constituirían seguramente grandes acontecimientos para el pueblo en general. Además, la descripción del joven noble azteca está llena de simpatía por estos grupos orientales. Me parece que su mirada hacia esta gente de extraña indumentaria y de diferentes costumbres es muy cálida y afectuosa. ¿Sería que él sintió cierto parentesco con ella?

La primera de estas referencias comienza en febrero de 1610, y la última, el 23 de octubre de 1614. Así, las crónicas cubren el grupo de Tanaka Shosuke desde su llegada a México hasta su salida, y el de Hasekura desde su llegada a México hasta su partida para España.

Estas referencias hechas por un testigo presencial nos enteran por primera vez de muchas cosas que se ignoraban, sobre todo en cuanto al trato recibido, manera de vestir y actuar y la estancia de algunos japoneses en la Nueva España al regresar las misiones a su patria.

Por este diario sabemos que Tanaka Shosuke, comerciante y mercader, fue considerado y tratado como un embajador y negociador del intercambio comercial entre Japón y la Nueva España.

A través de la descripción de los atavíos —que al parecer mucho llamaron la atención del público— se sabe que aquellos japoneses llevaban espada al cinto, cosa no permitida a mercaderes generalmente.

La observación del calzado y del peinado es muy interesante. Por la descripción del peinado podemos suponer la presencia de bastantes jóvenes. Sobre el grupo de Hasekura, el autor menciona que entró en la ciudad el 4 de marzo de 1614, desfilando con lanzas primero y todo lo que se solía llevar en ceremonias como ésta.

Lo más interesante para nosotros es que el Chimalpain menciona que del primer grupo (el de Tanaka) se quedaron en México tres individuos, y “algunos” (sin citar número) del

grupo de Hasekura. Es la única crónica donde se refiere que hubo japoneses que se quedaron en México tanto de la misión de Tanaka como de la de Hasekura.

Citaré las anotaciones de las tres fechas de este diario. Está la referente a la salida del primer grupo el 7 de marzo de 1611, que dice textualmente: “Hoy lunes, 7 de marzo de 1611, año es cuando sale de aquí a México, comienza su viaje Sebastián Vizcaíno, vecino de México que había hecho general, para ir a la China. Es cuando llevan a personas del Japón. A su lado se hizo saber al noble de Japón cuyo nombre era don Alonso, el cual ya se alababa como español, así regresa ya a su casa. Aquí se despojó de todo aquello que había traído, su atavíos, sólo así vino a cambiarse aquí en México y así estuvo durante dos meses aquí. Regresaron a su casa 17. Fueron dejados aquí en México tres”.

La segunda anotación es sobre la misión de Hasekura, con fecha del 29 de marzo de 1614, referente a la salida de parte del grupo que se quedó, sin acompañar al viaje para Madrid y Roma. Dice: “[...] Así se va, solo divide a sus servidores: a unos japoneses los llevó, a otros aquí los dejó, para que aquí nos encontráramos con ellos, los comerciantes realizaran ventas con ellos [...]”.

La tercera anotación, también sobre el mismo grupo que se quedó en México, es del 14 de octubre de 1614: “Este día comenzaron algunas personas del Japón a irse de sus casas del Japón. Estuvieron viviendo cuatro años. Algunos aquí fueron dejados. Se afanaron, vendieron aquí los productos que habían traído del Japón”.

Por la primera referencia, sabemos que del grupo de Tanaka se quedaron tres en México; por la segunda y tercera sabemos que algunos permanecieron aquí desde el 16 de octubre de 1614, aunque no sabemos hasta cuándo. No hay ninguna información posterior, ya que este diario termina en 1615.

¿Regresarían todos al Japón junto con Hasekura, que partió de Acapulco en abril de 1618, tras el viaje por Europa? A este respecto no dice nada la fuente mexicana, pero hay una carta de Hasekura mismo, escrita en Manila con fecha 22 de junio de 1618, dirigida a su hijo Kanzaburo. Es ésta la única carta de Hasekura que se queda; dice entre otras cosas: "Hemos llegado todos los de la casa bien de salud. Los tres, Seihachi, Ichinosuke y Daisuke se escaparon, corrieron en Nueva España".

La mejor prueba es que se quedaron en México por lo menos tres de los dependientes directos de Hasekura. ¿No habría más? Aunque de momento no tenemos más testimonio, ¿no sería natural pensar que sí los hubo?

Creo no ser demasiado iluso en suponer que el grupo de japoneses que vivieron en Guadalajara fueron miembros de la misión de Hasekura.

¿De dónde sería Fukuchi Soemon?

Ahora vamos a buscar al señor Luis de Encío, o sea, Fukuchi Soemon, entre los miembros de la misión Hasekura.

Lamentablemente no existe la lista completa de la misión Hasekura, ni la de las personas que embarcaron en San Juan Bautista para la Nueva España. Sólo tenemos una lista elaborada posteriormente, sacada de las diversas crónicas, con los nombres de las 28 personas que lo acompañaron. En esta lista tampoco encontramos el nombre de Fukuchi Soemon. Eso quiere decir que en las diversas crónicas relacionadas, no aparece ninguno con tal nombre en la misión Hasekura.

Casualmente, en los primeros días de febrero de 1993 se me invitó a dar una conferencia en Sendai, capital de la Provincia de Miyagi, que fue la sede del señor feudal Date. Aproveché la oportunidad y solicité al auditorio la colaboración para buscar la familia que tuviese este apellido en la Provincia de Miyagi.

El resultado fue muy favorable. Gracias al periódico Kahoku Shimpō, que publicó mi petición, recibí varias informaciones.

Una de ellas fue sobre un área denominada Fukuchi (o Fukudji, según la pronunciación local) dentro de la villa de Kahoku, departamento de Momou. Se sitúa a 60 km al nordeste de Sendai y a 10 km al norte de Ishi-no-maki, la segunda ciudad de esta provincia e importante puerto pesquero.

Fukuchi se encuentra al lado sur del río Kitagami, uno de los ríos más largos de esta zona montañosa, y no muy lejos de la bahía de Oppa, donde el Kitagami desemboca al Pacífico.

En esta área de Fukuchi hubo antiguamente un puerto fluvial llamado Yokokawa, muy animado, de manera especial en los siglos XVI y XVII. Desde Fukuchi, pasando una montaña, se puede llegar fácilmente a Okachi, uno de tantos ríos de esta zona, ideal, según dicen, para la construcción naviera.

Un día de verano tuve el gusto de caminar por Fukuchi. Amablemente me acompañó el señor Sato Kenichi, director del Museo de Sendai e historiador. Es un área muy tranquila, lejos de los ruidos urbanos, que conserva aún los encantos de las provincias de antaño. Por la zona, cubierta toda de espeso verdor, corre lenta y suavemente la abundante agua del Kitagami, cantada en varias canciones populares. Nada pasa por allí, a no ser lanchas pesqueras de *shijimi* (almejas pequeñas), que se deslizan perezosas en medio de los cañaverales mecidos por la brisa en ambas riberas.

Desde la orilla del norte se ve a la orilla opuesta una colina llamada Yawatayama, donde estuvo el castillo Tsuru-no-o, cuyas bases de estructura en ruinas permiten imaginar la magnitud que se dice debe haber tenido. Pensé subir a ver de cerca estas ruinas, pero me lo impidió el tupido bosque que se ha tragado el sendero. Dicen que desde ellas se puede

observar toda la bahía de Oppa, y darse fácilmente cuenta de su importancia estratégica. ¿Quién ocuparía este castillo?

Según me ha contado el historiador local Shito Masataka, descendiente de la familia Shito, quien vive justamente en la falda de la colina, la ocupación de este castillo registró bastantes cambios de señores feudales debido a las luchas continuas en el siglo XVI. En las crónicas del mismo siglo aparece un Yamanouchi Samanosuke, que adoptó después el apellido Fukuchi, tomando el nombre de la zona. Cerca se ven las ruinas de otro castillo llamado Tateyama-dyo, también de bastante importancia; entre los señores que lo ocuparon se halla un Fukuchoi Samanosuke, que puede ser la misma persona que ocupó el castillo Tsurino-o. Así que ya tenemos la familia Fukuchi.

Este Fukuchi (Yamanouchi) Samanosuke fue un importante lugarteniente de Shuto, que peleó con la familia Kasai, poderoso señor de Ishinomaki (batalla de Eisei, 1515). La familia Shuto fue derrotada y aniquilada, y su lugarteniente Fukuchi, sometido a las órdenes de Kasai.

Nada placentera había sido la vida de la familia Fukuchi: Samanosuke y su hijo, como vasallo de Kasai, acabaron por revelarse, junto con otro conspirador, contra Kasai en 1565 (batalla de Eiroku).

La familia Fukuchi no tuvo suerte, fue derrotada y Kasai le quitó su territorio del pueblo Fukuchi. La familia Fukuchi fue dividida y esparcida en esta zona. Sin embargo, la prosperidad de Kasai tampoco fue duradera: en 1591 fue aniquilada por Date Masamune en cumplimiento de órdenes de Toyotomi Hideyoshi. (El XVI es, en la historia de Japón, el siglo de las guerras internas.)

Por otra parte, en la crónica de los vasallos del feudo de Date del siglo XVII, Tohan-shiko (tercer tomo), aparece Fukuchi Ukon como único vasallo de Date con este apellido y como descendiente de Fukuchi

Samanosuke, quien, dice la crónica, fue dependiente de la familia Kasai con residencia en el pueblo de Fukuchi, nombre tomado originalmente del apellido Yama-no-uchi. Su hijo Hikoemon se quedó sin señor debido a la derrota de la familia Kasai (en 1591).

Así, Fukuchi Hikoemon fue vasallo de Kasai hasta 1590, y debido a su derrota, desde esa fecha se quedó sin dueño. Sin embargo, en la crónica del siglo XVII aparece nuevamente el nombre de Fukuchi con la noticia del nieto de Fukuchi Samanosuke. Seguramente algunos de la familia Fukuchi los tomó Date para vasallos.

Dice la crónica que Ukon, hijo de Hikoemon, fue ayudante de Date Munetaka, hijo de Date Masamune, y siguiendo la muerte de su amo, se sacrificó el 7 de septiembre de 1626.

Ukon tenía entonces 33 años, y Masamune lamentando su fallecimiento adjudicó a su hijo Kanzaemon, de tres años de edad, un sueldo de 50 kohan, y el derecho de cargo de Daibanshi —guardián mayor— para sus descendientes.

Con estos datos, ya sabemos sobre la suerte de tres generaciones de la familia Fukuchi: Samanosuke, Hikoemon y Ukon. Según las crónicas de vasallos de Date, a partir del siglo XVI, el único vasallo de apellido Fukuchi pertenece a la familia de Samanosuke (que hubo de tener seis hijos y dos hijas, dos de los cuales habrían sido vasallos directos de Date). Si nuestro Fukuchi es del feudo de Date, es casi seguro que este Soemon pertenece a esta familia Fukuchi, pudiendo ser uno de tantos nietos de Samanosuke.

Aunque no aparece en ningún documento japonés que alguien de esta familia Fukuchi haya ido en el viaje de Hasekura, ni menos que se haya quedado en México, ¿podríamos pensar o imaginar que aquel Luis de Encío, Fukuchi Soemon, perteneció a esta familia? La vida de la familia Fukuchi, otrora dueña de un gran castillo, sufrió dos reveses fatales en el

siglo XVII. Con el derrocamiento de Kasai se le aligeró al fin el peso, y consiguió la simpatía de los vasallos inmediatos de Date Masamune. Así, Fukuchi Hikoemon, hijo de Samanosuke, fue tomado para vasallo de Date. Este Date empezó a realizar contactos con los españoles, y su primer encuentro casual con Sebastián Vizcaíno fue el 24 de junio de 1611, en Edo. Fukuchi Ukon tendría entonces 18 años de edad, considerando que a la edad de 33 años se sacrificó, como ya lo mencioné, a la muerte del hijo de Date Masamune en 1626.

El nombre de nuestro Fukuchi Soemon no se encuentra en la genealogía de la familia Fukuchi, que pudimos revisar gracias a los esfuerzos de Shito; si perteneció a ella, hubiera sido más o menos de la edad de su primo Ukon o, supongamos, dos años menor, de suerte que desde el punto de vista de la mayoría de edad (que entonces era de 15 años), bien pudo participar oficialmente junto con sus cercanos en el viaje a la Nueva España. No es extraño que lograra la simpatía del embajador Sebastián Vizcaíno durante la travesía por el Pacífico. ¿O conocería a éste en Okachi, tan cerca de su pueblo natal, en el tiempo de la construcción del buque San Juan Bautista?

Es bien sabido que Sebastián Vizcaíno fue encomendero de los pueblos de Avalo, y puede que haya invitado personalmente a Fukuchi Soemon a ir a la Nueva España, e inclusive a quedarse en Guadalajara. En relación con esto, el profesor Calvo ya se fija en cierta relación con Sebastián Vizcaíno, al decir: “por lo menos uno de estos japoneses queda claramente vinculado con la familia Vizcaíno”.

Vizcaíno, a pesar de su insatisfacción con el resultado de su misión y con la demora de su partida de Japón, además de no simpatizar con la misión de Hasekura en la que había observado la intención e interés personal de fray Luis de Sotelo, no creo que profesara antipatía a los japoneses, por los hechos de que en el buque de ida a Japón sentaba en su mesa a Tanaka Shosuke, y porque en su informe lo menciona con todo elogio.

¿Sería demasiado imaginar que Vizcaíno, habiendo encontrado en Japón, o en su viaje de regreso, a un excelente joven samurai, quiso darle las facilidades necesarias para que se quedara con sus amigos cercanos a los pueblos que él tenía bajo la encomienda?

Desgraciadamente, Vizcaíno ya estaba bastante enfermo cuando volvió a México; falleció en Acapulco en 1615 sin ver el feliz asentamiento del grupo japonés.

Sea como sea, lo cierto es que este pequeño grupo de japoneses se incorporaron a la sociedad en un tiempo relativamente corto. Esto se debe a su gran capacidad de adaptación, como lo indica el profesor Calvo, pero considero que mucho les favoreció aquel sentimiento de hospitalidad que había en la sociedad colonial de entonces. El profesor Calvo también señala la tolerancia en esta sociedad colonial, nacida al encuentro de varios mundos: el americano, añadiré yo, de origen Oriental, y el europeo, y la ausencia de xenofobia como una característica del seiscientos mexicano.

Si la generosidad y flexibilidad distinguieron a aquella sociedad colonial mexicana, estas cualidades han sido heredadas de generación en generación hasta hoy en día en este país. Justamente estas cualidades son las que se necesitan en este mundo, donde por su falta, en mucha partes persisten luchas y conflictos que apenan y entristecen.

Notas

- 1 Conferencia impartida en el auditorio “Adalberto Navarro Sánchez”, del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, el 13 de septiembre de 2002.
- 2 Ahuacatlán, en la parte sudeste del estado de Nayarit.

